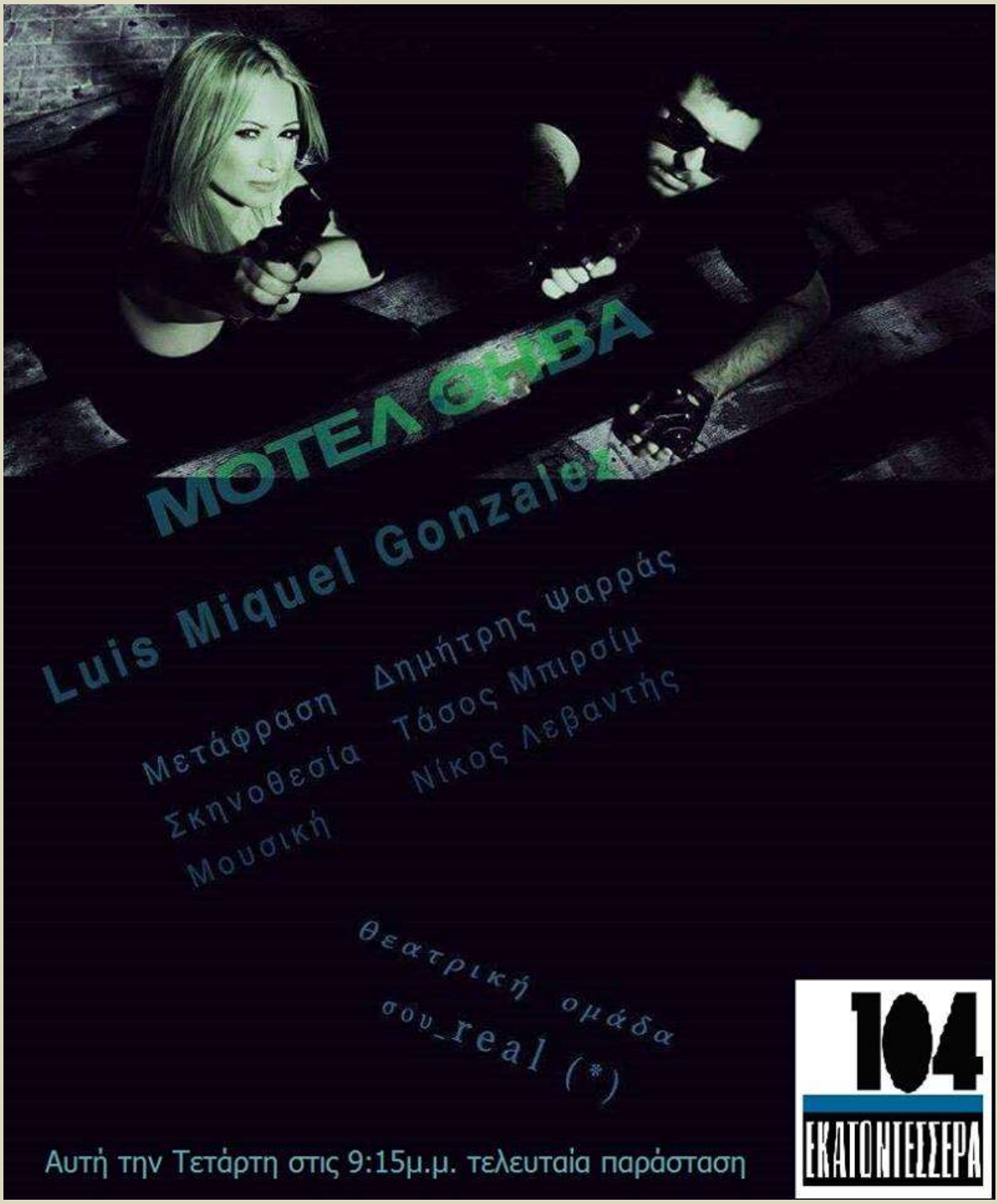


ΜΟΤΕΛ ΤΗΒΑ

Premio Rojas Zorrilla de Teatro. Toledo. 1994

Premio a autor menor de 30 años. Certámenes nacionales de Alcorcón. 1994

Performance Factors
Traductor: Dimitris Psarras
Director: Tasos Birchim
Música original: Nikos Levantis
Decorados: Focops S.L.
Vestuario: Eleni Hadjigeorgiou
Makeup: Zoe Gospiri
Poster Photos: Georgia Sittou, Stelios Daniil
Actors: Stefanos Georgiadis, Maria Levanti
Agradecimiento a Nikos Mouratidis por sus locuciones para la obra.

Theater 104, Eumolpidon 41, (Kerameikos Metro, Gazi) Athens
Every Wednesday at 9:00
Ticket price 5 E and 10 E

ΜΟΤΕΛ ΘΗΒΑ

Luis Miquel Gonzalez

Μετάφραση Δημήτρης Ψαρράς

Σκηνοθεσία Τάσος Μπιρσίμ

Μουσική Νίκος Λεβαντής

θεατρική ομάδα

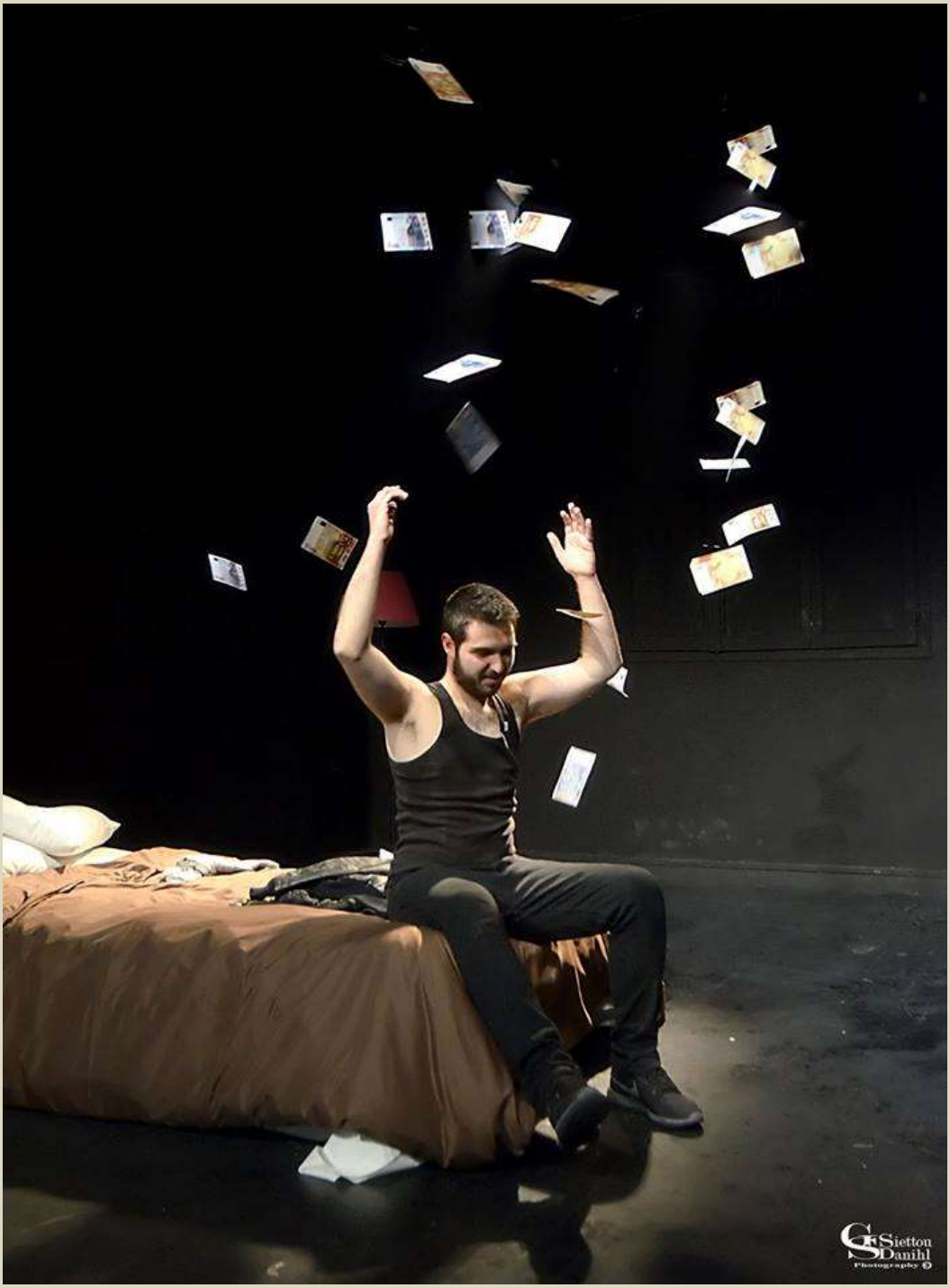
σου_real (*)

ΘΕΑΤΡΟ 104

Από 26 Απριλίου κάθε Τετάρτη 9 μμ

TEATRO 104

El Teatro 104 (Eurnólpidas 41, Gazi) programa espectáculos en los que el arte, de forma dinámica, pueda cambiar nuestras vidas. El objetivo de Teatro 104 es crear un programa artístico multifacético que haga un llamamiento a una amplia gama de público, estacando sin embargo los jóvenes creadores. Con dos salas en las que dispone de 150 localidades, así como un espacio abierto, ideal para presentaciones de libros, eventos musicales, conferencias, exposiciones, seminarios etc, dos salas de reuniones, Lab (planta baja con entrada independiente con una capacidad para 20 personas, así como Lab+ (1ª planta y capacidad para 40 personas), así como un amplio lobby-bar



THEBAS MOTEL

Sinopsis

Selene y Marino, dos personajes desesperadamente marginales, dos ladrones de bancos, dan su primer golpe juntos: el mejor golpe. El último golpe. El futuro se abre ante ellos halagüeño y el amor nace en una habitación de motel, pero el pasado irrumpe como una pesada losa que todo lo aplasta. El destino, una vez más, inesperado pero exacto, acude a su cita. La historia se repite y el mito de Edipo, una vez más, es imposible de superar.

THEBAS MOTEL

Montaje en Atenas de una nueva producción de la obra THEBAS MOTEL, de Luis Miguel González Cruz, que ha recibido otras puestas en escena en ciudades como Madrid, en España, Monterrey en México o Santiago de Chile.

La obra ha sido publicada en diferentes ediciones por la Diputación Provincial de Toledo, la editorial Teatro del Astillero, la editorial de la Universidad de Murcia, así como se puede descargar en la plataforma Celcit

Esta producción se lleva en colaboración con el Teatro 104 de Atenas.

LUIS MIGUEL GONZÁLEZ CRUZ:

LA MUERTE COMO SEÑA DE IDENTIDAD

Aunque *Thebas motel,* pieza que obtuvo en 1995 el Premio Rojas Zorrilla de Teatro, es la primera obra de Luis Miguel González Cruz (Cáceres, 1965) dada a conocer, no es la que inaugura su producción dramática. La preceden *El retorno del hijo pródigo* (1991) y *El cruce* (1993). Si éstas supusieron su bautismo de fuego como autor de teatro, no son las que orientaron sus primeros pasos en el mundo de la creación. Antes que por la escritura teatral, se interesó por la narrativa, a la que aportó las novelas *Apuntes y revelaciones antes del espejismo* (1982) y *Jazmines en el desierto* (1983). Luego le atraerían el videoarte, las instalaciones, la televisión y el cine, éste en su doble vertiente de guionista y realizador. Su vocación por estos medios de expresión le llevaron a licenciarse en Investigación de la Imagen Visual y Auditiva por la Universidad Complutense de Madrid y a diplomarse en Realización Cinematográfica y Televisiva por el Instituto Oficial de Radio y TV. A los veintiocho años de edad y casi una década de residencia en Madrid, había dirigido, a partir de sus propios guiones, los cortometrajes *Sin decir adiós, Crónica familiar y un viejo en bote, Por la espalda* y *Hostia,* y preparaba el guión de *Perdido en las estrellas.* Nunca dejaría estas actividades a las que actualmente continúa vinculado profesionalmente, pero a principios de los años noventa añadiría la teatral, primero como autor y, más adelante, también como director.

Esta pluralidad de actividades no es un caso único, pero sí llama la atención el orden en que nuestro autor ha ido llegando a ellas, pues es el teatro el que ocupa el último lugar. Su afán de aprendizaje le llevó a estudiar dirección escénica en la RESAD, pero lo que seguramente le condujo a la escritura teatral fue el estímulo recibido en talleres impartidos por autores como Ernesto Caballero, Paloma Pedrero y Fermín Cabal. El más decisivo, sin embargo, sería el impartido en la década de los noventa del pasado siglo por Marco Antonio de la Parra, en el que coincidiría, entre otros alumnos, con Juan Mayorga, José Ramón Fernández y Raúl Hernández, con los que crearía el colectivo El Astillero.

Es conveniente que el lector conozca estos antecedentes porque permite entender mejor la escritura de González Cruz, cuyo pilar esencial es la palabra, una palabra puesta al servicio de la fábula. Su objetivo declarado es, como autor, traducir la realidad y, para alcanzarlo, el texto es el vehículo imprescindible. Convencido de que los lenguajes teatral, cinematográfico y televisivo son variaciones de un mismo arte, no ha dudado en aprovechar e intercambiar la experiencia adquirida en cada uno de ellos. Eso se percibe en su obra dramática, tanto en el dominio y fluidez de los diálogos que construye como en el papel que les otorga dentro del espectáculo. No menos importante en su carrera como dramaturgo, sobre todo en los primeros compases, es su pertenencia al Astillero. Sin más puntos en común con sus compañeros que haber sido alumnos de Marco Antonio de la Parra y haber apostado por el teatro de texto, el grupo nació con la voluntad de someter sus respectivos trabajos a la consideración de los demás, escuchar sus puntos de vista y ser receptivos a su crítica. Nada más y nada menos. No sé si el paso del tiempo, el desarrollo de estéticas distintas, la incorporación de nuevos miembros y el distinto camino profesional recorrido por cada uno de ellos ha determinado algún cambio en los planteamientos iniciales, pero lo que aquí nos importa es lo que la existencia del Astillero supuso, durante aquellos años, para nuestro autor en el afianzamiento de su carrera. Si atendemos a las declaraciones formuladas a raíz de obtener los primeros reconocimientos públicos en forma de premios, no hay duda. En 1996, hablaba con entusiasmo de aquella experiencia en la que, para juzgar sus propias obras, ya concluidas o en proceso de elaboración, se ponían en la situación de un lector exigente. Se habían propuesto escribir con profesionalidad y de forma rigurosa y eso les hacía ser implacables. Fue, sin duda, un estímulo, quizás innecesario, pues su vocación era firme, pero, sobre todo, le permitió evitar muchos de los titubeos de los autores noveles que no tienen ocasión de someter su trabajo al escrutinio de críticos amigos y sinceros. Que él pudiera hacerlo supuso, ya desde el principio, que su obra tuviera la madurez propia del escritor consolidado.

Sietton
Danihl
Photography

Thebas motel fue publicada en 1996 poco después de obtener el Premio Rojas Zorrilla y representada al año siguiente. Corrió la edición a cargo del Ayuntamiento de Toledo, patrocinador del concurso, y hay que decir que el resultado, aunque llenara de satisfacción al autor por el hecho de ver en letra de imprenta su texto, dejó mucho que desear. Cualquier libro proporciona en su exterior información gráfica o escrita que orienta al potencial lector sobre su contenido. En este caso, no sucedió así. No sólo no incluía esos datos mínimos imprescindibles para decidir su adquisición, sino que, los que añadía, desorientaban. No tengo ninguna duda de que cuando sucede eso, el resultado es que, unos desisten de adquirirlo por creer que el asunto del que trata no es de su interés y, otros, una vez leído, se sienten decepcionados por no haber encontrado lo que esperaban. Yo fui víctima del involuntario engaño del editor, pero, a diferencia de lo que es habitual, no lo tuve en cuenta. Al contrario, me alegré, pues me permitió descubrir a un autor al que sin duda hubiera acabado por conocer, pero no tan pronto.

Bajo el título de la obra y sobre la indicación de que se trataba de una pieza de teatro premiada aparecía una reproducción del cuadro de Edward Hopper *La habitación del hotel.* Por esa y no por otra razón compré el libro. La pintura de Hopper me interesa y, en especial, sus sencillas, escuetas e inquietantes escenas urbanas. El lienzo que nos ocupa es uno de los varios que retratan el interior de habitaciones de hotel, quizás el más conocido. En él, una mujer joven y esbelta en ropa interior está sentada al borde de la cama leyendo un papel (es un horario de trenes). A su alrededor, esparcidos por la estancia, hay algunos de sus efectos personales y varias maletas. Esa mujer inmóvil y ligeramente encorvada es la viva imagen de la soledad. De ello creía que trataba la obra y por eso la compré. Pero lo que encontré fue otra cosa. Selene, la protagonista de *Thebas motel,* no era la anónima mujer del cuadro, ni el establecimiento en el que se alojaba tenía nada que ver con la pulcra habitación del cuadro. Tampoco estaba sola, sino acompañada por un hombre, Marino. Y había mucha acción. A primera vista, lo que se contaba era lo sucedido tras el atraco a un banco. Ocultos en aquel hotel, mientras aguarda a que la policía baje la guardia y el camino de la huida quede expedito, la pareja, formada por una mujer madura y un hombre joven, estudia la estrategia a seguir para burlar a sus cómplices. A esas relaciones profesionales se suman las que dicta el sexo. Pero a medida que avanzamos en la lectura vamos reconociendo, en la mujer, a Yocasta y, en el hombre, a Edipo. Bajo un argumento propio de literatura negra, lo que se esconde es una recreación de la tragedia de Sófocles trasladada a nuestro tiempo. La referencia a Tebas contenida en el título es, pues, un guiño. Supe que aquel texto había nacido como ejercicio en un taller de escritura impartido por Paloma Pedrero a partir de una situación concreta: un hombre y una mujer comparten una cama. Situó el autor/alumno dicha cama en la habitación de un motel y, a partir de ahí, fue creciendo la historia. Confieso que tengo ciertas reservas hacia las obras cuyos personajes están inspirados en los modelos clásicos. Se acude con demasiada frecuencia al rico caladero del teatro griego en busca de mitos para recrearlos y pocas veces el resultado es bueno. A pesar de mis reticencias, me pareció interesante el tratamiento que González Cruz había dado a la más grande tragedia escrita sobre el incesto y lo prohibido. Hubo otras cosas que me llamaron la atención. Entre las que tienen que ver con la construcción de la obra, el trepidante ritmo que el autor había imprimido a la acción, lo que la convertía en un atractivo *thriller* teatral. De aquella lectura nació mi interés por el autor, cuya trayectoria sigo desde entonces, al igual que la de sus antiguos y nuevos colegas de El Astillero.

Stetton
Daniel

Y es que en esta obra, como es propio de las tragedias, está presente la muerte. *Thebas motel* tuvo una buena acogida por parte del público y recibió los elogios de los pocos críticos que frecuentaban las salas alternativas. En aquella ocasión, Javier Villán, que publicó su crítica en *El Mundo,* Enrique Centeno, en *Diario 16,* y yo mismo, en la revista *Reseña.* Este éxito y la obtención en 1995 del Premio Calderón de la Barca con *Agonía* avalaron la incorporación, con todos los honores, de Luis Miguel González Cruz a la nómina del teatro español.

Jerónimo López Mozo